

Cincuenta años de la REVISTA DE FILOSOFÍA

MANUEL MINDÁN
(Madrid)

El 10 de febrero de 1940 fue creado el Instituto Luis Vives de Filosofía, integrante del Patronato Raimundo Lulio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pero tardó varios meses en constituirse formalmente para comenzar a actuar. Hubo dudas sobre las personas a quienes había que encomendar su dirección. El famoso arabista don Miguel Asín Palacios, entonces presidente de la Real Academia Española, había propuesto a don Juan Zaragüeta como director y a don Jenaro González Carreño como secretario; pero la propuesta no gustó en algún sector influyente, el cual propuso a su vez al psicólogo dominico padre Manuel Barbado y a don Juan Francisco Yela Utrilla. El ministro Ibañez Martín utilizó a todos ellos y nombró director al padre Barbado, vicedirectores a don Juan Zaragüeta y don Juan Francisco Yela y secretario a don Jenaro González Carreño. Yo en aquel curso, 1940-41, estaba como catedrático en el Instituto de Avila, pero en el concurso general de traslado que hubo en el verano de 1941 se me destinó al Instituto Ramiro de Maeztu de Madrid. Poco después de tomar posesión (15 de octubre), se me adscribió también, no sé por iniciativa de quién, puesto que yo no lo pedí, al Instituto Luis Vives, para el cual me nombraron vicesecretario y jefe de la Sección de Crítica. Nos instalaron provisionalmente en la segunda planta del edificio donde estuvo la biblioteca de la Residencia de Estudiantes, junto al Auditorio, que pronto se iba a convertir en la iglesia del Espíritu Santo.

A finales de noviembre de 1941 hablé al padre Barbado de la conveniencia de sacar cuanto antes una revista de filosofía, puesto que parecía criterio del CSIC que cada instituto de investigación tuviera la suya propia. Para tratar de este asunto, convocó inmediatamente a una reunión a todo el personal directivo, más a tres colaboradores que habían sido nombrados después: el padre Ramón Ceñal, don Leopoldo E. Palacios y don Antonio Alvarez de Linera. Conformes todos en la publicación de la revista, comenzamos a cambiar opiniones sobre distintos extremos. Discutimos, en primer lugar, sobre el título; se sugirieron varios; nos quedamos últimamente con tres: *Revista de Filosofía Española*, *Revista Española de Filosofía* y *Revista de Filosofía*. Por notable mayoría de votos se optó por este último título.

Deliberamos después sobre los fines concretos de nuestra revista. Coincidimos todos en que el fin principal y obligado era servir de órgano al Instituto para dar cuenta de sus investigaciones o por lo menos publicar resúmenes de las mismas; en segundo lugar se ofrecía como medio para que cualquier cultivador de la filosofía en España pudiera dar a conocer sus experiencias y opiniones. Se pensó también en que se diese oportunidad a los jóvenes para estrenarse, cuando lo que presentasen mereciera la pena; concretamente se pensaba en publicar resúmenes de las tesis doctorales que en la Universidad hubieran tenido mejor calificación. Y que, aparte de servir de lugar de expresión del pensamiento de los filósofos españoles, pudiera ser también instrumento

de información del movimiento filosófico de España y del extranjero, dando a conocer congresos, reuniones, instituciones y publicaciones principales.

Tratamos a continuación de la orientación doctrinal de la revista. Y aquí fue donde más se discutió; algunos llegaron a proponer una orientación concreta y determinada, otros sostuvieron que bastaba con exigir la doble ortodoxia impuesta por el momento: la ortodoxia religiosa y la ortodoxia política; algunos éramos del parecer de que ni siquiera eso había que exigir expresamente, puesto que, dadas las circunstancias ambientales de aquellos años, era improbable que cualquier colaborador intentase transgredir el límite de dichas ortodoxias. A pesar de ello, tanto en el prospecto anunciador de la revista como en el prologo del primer número, se aludía a una cierta filosofía perenne que nos serviría de cauce y orientación; pero la verdad es que jamás se sugirió a nadie una determinada posición ideológica ni se rechazó colaboración alguna por razones de su contenido doctrinal. Al tratar, después, de la periodicidad de su publicación, pareció prudente publicar cada año tres números, uno cada cuatrimestre, y se recomendaba que a ser posible el primer número saliese en el primer cuatrimestre del año próximo siguiente, ofreciéndose casi todos a colaborar. Y así fue... Por último, a propuesta del padre Barbado y de don Juan Zaragüeta, todos estuvieron conformes en que me encargase yo de la confección de la revista. Acepté.

Al día siguiente el padre Barbado y yo pasamos a ver a José María Albareda, secretario general del CSIC, para ponerle al corriente de nuestros acuerdos del día anterior. Se declaró conforme, nos animó y a mí me rogó que pasase por la oficina de publicaciones para enterarme de los trámites administrativos y de la imprenta que lo había de imprimir. Así lo hice.

Inmediatamente me puse a preparar el primer número. Entre tanto salió un prospecto anunciador firmado por el padre Barbado y por don Juan Zaragüeta. Como me habían prometido, casi todos los colaboradores me ofrecieron trabajos: el padre Barbado, Zaragüeta, Yela Utrilla, Ceñal, y yo mismo contribuí con un trabajito y solicité ayuda y colaboración de los becarios; pudo presentar algo el becario Panikker. Para que no fuésemos sólo los del Vives, pedí colaboración a mi amigo Camón Aznar y a don Pedro Font y Puig, que casualmente se encontraba en Madrid; los dos accedieron. Cuando tuve el original en mis manos hice los trámites necesarios y en los primeros días de marzo estaba en la calle el primer número correspondiente al primer cuatrimestre de 1942.

De este modo la REVISTA DE FILOSOFIA se constituyó en la primera revista española de contenido estricta y exclusivamente filosófico. Había o había habido otras que, aunque incluían la filosofía, se extendían también a otras proyecciones culturales como literatura, arte, historia, etc.; eran revistas tales como *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya*, *Escorial*; las de carácter eclesiástico, como *Razón y Fe*, *La Ciencia Tomista*, *La Ciudad de Dios*, etc., cultivaban, además de la filosofía, la teología, las ciencias bíblicas, el derecho canónico y otras disciplinas eclesiásticas. Ahora bien, cuando se comprobó el éxito de la REVISTA DE FILOSOFIA y se vio que había colaboración abundante, comenzaron a salir algunas exclusivamente filosóficas, como *Pensamiento*, *Estudios Filosóficos* y otras más. La verdad es que, a partir del primer número, hubo colaboración espontánea sobranada para poder escoger los artículos que más interesaban. Sólo solicitábamos originales cuando se trataba de un número monográfico o de uno extraordinario, puesto que en ese caso había que acudir a los especialistas.

Por otra parte, las páginas de la revista estuvieron abiertas para todos; como he dicho antes, a nadie se le exigió una determinada orientación, ni se rechazó jamás un artículo por su contenido ideológico. Algunos han dicho que estaba mediatizada por las exigencias políticas del momento; pero puedo asegurar, con absoluta verdad, que durante los veinticinco años que estuvo a mi cargo, jamás recibí la menor indicación de nadie sobre lo que debía hacer o decir, ni la advertencia correctora de lo que se había

hecho o dicho. Otros insinuaron que estaba al servicio de la escolástica y del tomismo; afirmación gratuita y falsa. Es verdad que se publicaron trabajos de excelentes colaboradores de esa escuela, pero hubo muchos más que seguían rumbos distintos; para cerciorarse de ello basta leer el elenco de colaboradores más asiduos que se publicaba en una de las cubiertas. Estos eran los nombres: José Ignacio Alcorta, Antonio Aróstegui, José Luis L. Aranguren, Jaime Bofill, Gustavo Bueno, Pedro Caba, José Camón Aznar, Joaquín Carreras Artau, Luis Cencillo, Ramón Ceñal, Miguel Cruz Hernández, Alejandro Díaz Blanco, Eugenio Frutos, Rafael Gamba, Angel González Alvarez, Constantino Láscaris, Emilio Lledó, Salvador Mañero, Oswaldo Market, Antonio Millán-Puelles, Fernando Montero, Adolfo Muñoz Alonso, Leopoldo-Eulogio Palacios, Carlos París, Luis Rey Altuna, José María Rubert Candau, José María Sánchez de Muniáin, José Todolí y Juan Zaragüeta. Cualquiera que conozca a las personas admitirá que la mayoría de ellas no caminaban precisamente por las sendas de la escolástica.

Al terminar el año 1942 y observar que la colaboración era sobrante decidimos convertir la revista en trimestral, y así siguió hasta 1962. En enero de 1963 se jubiló don Juan Zaragüeta y a partir de ese año sólo se publicaron dos números reales, aunque cada uno figuraba como si fuese doble. El tomo anual que comenzó en 1942 con 448 páginas fue superado por los sucesivos, que solían tener alrededor de setecientas, aunque algunos de ellos alcanzaron novecientas y, uno, mil. En muchos de esos años se publicó un número doble extraordinario y dos sencillos ordinarios. Los extraordinarios estaban dedicados a conmemorar personajes famosos que tuvieron que ver con la filosofía, o bien a temas monográficos. Entre los primeros está el que se publicó con motivo del centenario del nacimiento de Suárez y de la muerte de Balmes, y otro en el centenario del nacimiento de Menéndez y Pelayo; en 1957 salió uno dedicado a Ortega y Gasset. Entre los monográficos recuerdo el que trataba de la filosofía de la poesía y del arte, y el dedicado a la filosofía greco-romana como prueba de solidaridad con el Primer Congreso Español de Estudios Clásicos.

La tirada de la revista, mientras estuve al cargo de la misma, osciló entre seiscientos y mil ejemplares; de los cuales unos doscientos salían al extranjero, bien por intercambio con otras revistas, bien por suscripciones o atenciones con centros universitarios y culturales. La época más floreciente, tanto por la tirada como por la calidad de las colaboraciones y también por el prestigio en el extranjero, se desarrolló entre los años 1947 y 1962 y coincidió con el tiempo en que don Juan Zaragüeta dirigió el Instituto Luis Vives. El trabajo de sacar a flote la revista era para mí agotador y empleaba en ello casi todas las tardes de la semana. Tenía que hacérmelo todo: la correspondencia con los autores, la lectura y selección de originales, el trato con la imprenta, la corrección de las segundas pruebas y algunas veces de las primeras, cuando se trataba de autores extranjeros, la confección de los noticieros, la distribución y ordenación de la bibliografía, etc. Don Juan se dio cuenta de esta acumulación excesiva de trabajo y me nombró un auxiliar pagado, para ayudarme. Primeramente lo fue María Fernández Serrano, que había sido alumna mía y era persona de mi entera confianza para poder encargarle con seguridad cualquier asunto. Cuando ella se fue, por haber ganado en oposición una plaza de filosofía, la sucedió Demetrio Díaz Sánchez, actualmente catedrático de filosofía en La Coruña, que había sido uno de mis mejores alumnos en la Facultad y a la sazón era profesor adjunto en el Instituto Ramiro de Maeztu. Era hombre tan competente, laborioso y eficaz que podía dejar tranquilamente muchas tareas en sus manos e incluso a su iniciativa. Con estas ayudas pudo salir la revista con mayor regularidad.

A partir de 1963, como he dicho, se inicia la decadencia. Influyeron varias causas: existían ya otras revistas de filosofía y parte de la colaboración se desviaba hacia ellas; se observaba menos animación e interés por parte del mismo Instituto Luis Vives; y, sobre todo, la disminución del apoyo económico que ofrecía el CSIC. Hacía ya tres o

cuatro años que había recibido la indicación de que el número total de páginas anuales no debía pasar de 550, y en 1963 se me impuso una reducción mayor.

Quise dejar la revista, incluso se lo comuniqué al nuevo director del Instituto, Angel González; pero me rogó que siguiese. Seguí, aunque sin entusiasmo, y creo que esta falta de entusiasmo fue otra de las causas que contribuyeron a la decadencia de la revista. Así continué hasta que se hizo cargo de la dirección del Luis Vives Sergio Rábade, al cual presenté la dimisión irrevocable.

Rábade nombró una comisión asesora, en la cual me incluyó; pero no se me llamó para ninguna reunión (creo que no las hubo). El caso es que desde 1969 hasta 1975 no se publicó ningún número. En noviembre de ese último año salió uno de 68 páginas; figuraba en su portada la indicación «2.ª serie, I». En la portadilla interior se hacía la siguiente advertencia: «Con este volumen... se inicia una nueva serie de *Revista de Filosofía*... La reorganización de las publicaciones periódicas del CSIC nos ha obligado a presentar un volumen más reducido de lo que hubiéramos deseado. Confiamos, no obstante, que a partir del próximo año podremos ofrecer a nuestros lectores una publicación más nutrida.» Pero, a pesar de esta buena voluntad expresada, la revista no se volvió a publicar hasta 1979, en que aparecieron dos números con un total de 246 páginas. A pesar de la competencia y la capacidad del padre José María Artola, a cuyo cargo estaba, debieron existir quizá mayores dificultades que las que yo tuve en los últimos años. En 1980 y en 1981 se publicaron, en cada uno, dos números semestrales, sin que en ninguno de los dos se llegase a las 300 páginas. En el segundo semestre de 1981 apareció un interesante número sobre Kant, en que colaboraron Rábade, Gómez Caffarena, Montero Moliner y Juan Miguel Palacios. En general, se observaba un cambio en el elenco de colaboradores; aparecían muchos jóvenes que diez años antes no estaban en condiciones de escribir, pero que ya prometían ahora lo que después iban a ser. Y con esa periodicidad semestral continuó saliendo la revista hasta 1986 (2.ª serie, IX), en que, al desaparecer el Instituto Luis Vives, dejó de publicarse. Y sin publicarse seguiría hoy si un grupo de profesores jóvenes no hubiera hecho las gestiones para continuar editándola en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense. Ahí, en una «3.ª época», ha vuelto a ver la luz desde 1987. Bien presentada y con una excelente impresión, resulta agradable y, bajo la dirección de Manuel Maceiras y con el magnífico consejo de redacción que tiene, promete alcanzar altas cotas de calidad. Así sea.